

## Los valores y la filosofía nietzscheniana

Indudablemente, una teoría de valores aceptada como creación espiritual, pertenece a una filosofía de la libertad. El mecanicismo materialista no puede sostener la existencia de una fuerza arbitraria que crea a su antojo, que rechaza o que se acerca voluntariamente a los objetos.

Es natural que frente a ese mundo de la realidad exterior, cuyas evoluciones son conformes a leyes matemáticas que fatalmente se cumplen y donde todo se puede prever, se yergue otro mundo distinto, capaz de resolverse por propio impulso, donde impera la voluntad poderosa del yo, que piensa y quiere a su sabor, sin más sujeciones que las de su propio querer.

Los valores significan reacción libre del individuo, frente al fatalismo que rige a su alrededor y que pretende encauzarlo en la corriente necesaria de su devenir.

Esa doble realidad gnoseológica, el sujeto que conoce y juzga al objeto conocido, es la base de las teorías axiológicas.

Siendo sujeto y objeto función uno del otro es arriesgado suponer la subordinación o la supresión de uno de ambos términos. Son momentos distintos del conocimiento, son partes integrantes del mismo fenómeno de conciencia. Y por lo tanto, sujeto sin objeto, no tendría fin; objeto sin sujeto, carecería de valor. Ahora bien, el objeto, los hechos, ¿tienen por sí valor alguno, o éste depende del sujeto? Decir que objeto sin sujeto carece de valor, implica, como es fácil notar, que la evaluación la producimos

nosotros. El sujeto que contempla y reacciona espiritualmente es el que afirma o niega las cualidades del objeto.

Si la apreciación no dependiera del hombre, mejor dicho, del ser, los valores de hoy serían los mismos que hubo ayer, que hubo siempre y que habrá en el futuro. Tendríamos valores estáticos, universales y consagrados por la humanidad de todos los tiempos. Pero, sabemos bien que esto no es así. Los valores cambian con el tiempo, con el lugar, con las personas, y aun dentro del mismo sujeto.

Lo que fué inmensamente valioso ayer, puede ser desdeñado hoy; o lo que hoy nos parece de un valor único, no tuvo ninguno para nuestros abuelos. Una cosa, un acto es bueno o malo, bello o feo, útil o dañino, de acuerdo a innumerables circunstancias. Y así como la creación de valores o la mayor sensibilidad para apreciarlos crea la cultura, ésta a su vez, impone sus sanciones y sus normas, que no son otra cosa que valores en auge en el momento.

Naturalmente que el enunciado mental de estos juicios no permanece siempre como tal. Las más de las veces se aprecia obligado por los hechos, y el acto intelectual impele a la acción. El mundo de la naturaleza, con sus mandatos imperiosos, hace necesaria una determinación, afirmativa o negativa, no por el placer espiritual que esto pueda causar sino con un fin práctico. Lo cual no significa que el establecimiento de valores sea sólo una actitud utilitaria, según mi modo de ver, sino una tendencia natural y desinteresada que impulsa al hombre a juzgar en razón de que está frente a la realidad como un elemento independiente y superior, capacitado para ello y libre en su esfera mental. Es claro que si no se tratara más que de los valores verbales se podría decir que todo lo que se afirma o se niega está supeditado a un fin: el beneficio más o menos inmediato. Pero es que la verdadera evaluación es el acto libre y espontáneo de la conciencia, que se pronuncia sobre un hecho analizado por la razón, y que tiene por único juez de su afirmación a la misma conciencia.

Los valores verbales están sujetos a sanciones extrañas a sí mismos; además, en múltiples ocasiones se habrán visto desfigurados

por la palabra misma o por el gesto, insuficientes para interpretarlos exactamente.

El valor es conocimiento, es poder discriminativo, es vida. Y la vida, desde que es tal, ejerce su influjo potente, obligando a actuar. Y es aquí donde se manifiesta más ampliamente el poder de la razón libre, en lucha con las leyes naturales; aquí dice su pensar, el *yo quiero*, que procura inducir a la total energía del ser a la realización de su voluntad. Si esto es malo, si me parece impropio o falso, he de ponerme en movimiento, íntegramente, para impedir que se produzca lo que mi razón me dice que no debe ser. Si por el contrario mí yo se inclina en favor de un acto, por bueno y noble, la misma fuerza totalizada de mi ser ha de entrar en actividad para determinar su eficacia.

El resultado de todas esas ansias y anhelos, como acción, es incierto. Desde el momento que dejan de ser pensamiento puro (me parece más exacto hacer residir la libertad en el pensar que en el querer) desde que deja de ser pensamiento puro, decía, para actuar en consorcio con la naturaleza, se ve compelido a una ruta determinada, cuyo resultado no depende precisamente de la idea creadora y libre, sino de factores diversos. Deja de ser un fenómeno libre, para sujetarse a las leyes del ambiente.

No siendo únicos ni estáticos los valores, es posible su renovación. Así como tuvieron principio, tienen fin, natural o provocado.

La renovación de los valores, y sobre todo de ciertos valores, los morales y estéticos, por ejemplo, es constante.

Según Nietzsche, para crear valores nuevos hay que empezar por destruir los ya existentes, y prescindir por completo de todos aquellos que estorben para llegar a la realización del propuesto.

En su afán por crear, rechaza hasta los valores más generales y aceptados casi universalmente, tales como los del cristianismo. No es buena, afirma, una religión que aconseja el renunciamiento a los bienes terrenales, que con la promesa de una vida superior hace despreciables los dones de la naturaleza. Una religión así anula el individuo, anula la personalidad, para convertir al hombre en adador de Dios. Con seres sin carácter, dóciles, sin fuer-

za propia interior, no se puede llegar al superhombre que, según Nietzsche, debe ser la aspiración de todos. « Mi yo, dice Zarathustra, me ha enseñado un nuevo orgullo, que yo enseño a los hombres: no ocultar la cabeza en las nubes celestes, sino llevarla al descubierto; llevar alta una cabeza terrestre, que crea el sentido de la tierra. »

Pero esa exaltación de la naturaleza, que trae como corolario el aprecio del cuerpo, le sugiere al mismo tiempo una reacción activa en contra del determinismo, y aconseja no seguir ciegamente un camino y darle por bueno, o rechazarlo como los enfermos y los decrepitos, sino querer por propia voluntad ese camino. Es decir, crea un procedimiento nuevo, que nos deja la ilusión de nuestra libertad. Pero una libertad que consiste en aceptar lo inevitable no es libertad. El poder de ese algo que es más poderoso que el pensamiento, ese guía desconocido que él llama « uno mismo », se limitaría a hacernos agradable el sometimiento, dejándonos la sensación de nuestro libre albedrío.

El bien y el mal es para Nietzsche el poder más grande que hay en la tierra y que el hombre, gracias a su libertad, se da a sí mismo. El bien y el mal no está fuera de nosotros, ni es un don del cielo, ni es igual siempre. « Lo que una época considera como malo es, generalmente, un residuo inactual de lo que antaño fué considerado bueno, el atavismo de un ideal envejecido. »

El hombre se dió todo su bien y su mal, y sin embargo, es esclavo del bien y del mal de los otros.

La destrucción y la creación de valores fué primero obra del pueblo, y sólo mucho después poder del individuo. La individualidad, la personalidad, son conquistas que acercan al superhombre. No interesa el por qué de la libertad del yo. Lo importante es saber para qué se es libre. Se es libre para destruir, para crear. El mejor de los días será aquel en que el hombre diga: « ¡Todo es falso! » « El hombre es el que puso valores en las cosas, a fin de conservarse; él fué el que dió un sentido a las cosas, un sentido humano. Por eso se llama « hombre », es decir, el que valúa. » Y poco más abajo afirma: « Valuar es crear; el cambio de los valo-

res es cambio del que crea, y para crear hay que empezar por destruir. »

En su empeño por sobreponer la fuerza y la voluntad a toda otra virtud, hace de la vida un medio para realizar su « voluntad de poder ». No es la vida el bien mayor del hombre, ni la « voluntad de vivir » de Schopenhauer, sino un ideal más alto, la superación del hombre, por el cual se sacrifica a veces hasta la vida misma. La vida del hombre no es sino un momento de la vida eterna, que se repite periódicamente. De ahí, para Nietzsche, la necesidad de esa superación.

Sin embargo, con el retorno eterno, mata de un golpe su teoría de la transmutación de los valores. Si las cosas serán como hoy, hoy son como ayer, y sería afán necio pretender engañarse con un poder que no existe.

Lo que realmente vale en la teoría nietzschéniana es la idea eje, es decir, la afirmación de la transmutación de los valores. El hecho de haber atacado todo, aun lo que se tenía por inaccesible, ha iniciado una corriente de franca reforma que no siente reparos. Pero su procedimiento y el fin a que cree arribar, y aun aquel superhombre, que es el máximo bien, son defectuosos.

Sostiene el cultivo del alma y del cuerpo, la solidaridad, y nos lanza un Zarathustra que es un solitario, que predica sin encontrar eco, que habla de virtudes y lo burlan, que no encuentra en todo su peregrinaje por donde las gentes quien lo comprenda, y que acaba por darse como satisfecho con un montón de ilusos que él llama hombres superiores, y que no son ni un leve reflejo de su ideal. El provecho mayor que recoge es saber que nadie puede vivir sin valuar, pero que ninguno valúa como su vecino, que lo bueno para un pueblo es para otro vergonzoso y despreciable, que jamás nadie ha valuado igual que su prójimo, y que todos están contentos con su mediocridad.

Zarathustra es un amargado, un escéptico, a pesar de los esfuerzos de Nietzsche para hacerlo feliz y confiado.